



Había una multitud en el edificio L, con un montón de estudiantes colocando pancartas, flores y admirando lo que pasaba. Fue algo increíble, todo el mundo en la universidad puede testificar al respecto. Si bien no necesariamente existía en todos el sentimiento de traición, desesperanza y negatividad, la transformación fue notable. Había un trajín antes no visto, de personas que iban de un lado para otro sin rumbo fijo, chocando con las paredes y andando por todos lados. Probablemente, la anticipación de la asamblea era tanta que, las personas estaban convirtiéndola en prioridad sobre cualquier otra cantidad de cosas.

Por lo menos en el entorno cercano a mí, si era así. Mis compañeros, aunque tenían clase de ciencia de datos, no iban a asistir. Afortunadamente, la profesora correspondió a sus sentimientos y les dio esa licencia de decidir si iban a asistir o no a la clase. Por eso, se veían muchas personas haciendo carteleras y pancartas gigantes, con pliegos de papel, kraft, temperas y marcadores, mientras intentaban hacer que les funcionara su código de R studio. Con la atención de varios, tripartita, pero aguda, comenzó la reunión del laboratorio a las 12.

En la reunión del laboratorio, no mucho pasó

Estaban Benítez y Cagüeñas, quienes en ese momento eran directores de carrera de sociología y antropología respectivamente. Dijeron cosas muy parecidas a las de la noche anterior, todo dentro del marco de lo esperado. Esperábamos que tampoco supieran mucho de lo que estaba pasando y, que intentaran explicarnos para darnos cierto parte de tranquilidad. Sin embargo, fue interesante que, por lo menos, con el profe Cagüeñas pudimos hablar de manera un poco más horizontal y cercana de lo usual. En serio a los estudiantes que estábamos nos preocupaba que, independientemente de que los profesores hicieran un gran esfuerzo para sacar todo adelante, la precarización laboral es precarización laboral, y esta tiene un costo humano. Naturalmente, obtuvimos respuesta.

“A pesar de todo, si nos vamos a precariedad, la Icesi no es tan precaria como las otras”. Eso mismo nos dijeron durante el semestre otros cuantos profesores. Sin embargo, eso no cambia el hecho de que, ahora, tengan que ceder el dinero de investigaciones a la universidad y muchos otros beneficios desaparezcan. Tampoco le iba a devolver a los que matricularon lenguaje y significación la oportunidad de ver sus clases de lingüística con un profe que sabe de lingüística, porque, a pesar del esfuerzo, esa clase se terminó convirtiendo en una mímica de la clase de génesis.

Afortunadamente, en ese momento todo terminó bien en esa reunión y seguimos a la asamblea donde iban a participar la mayoría de los estudiantes. Pero, no había señal de nadie más que los estudiantes reunidos en el teatrino, justo detrás de los auditorios. Todos los que llegaban se iban amontonando e iba aumentando la tensión.

No pasaba nada.

A causa de esto, hubo gente que se fue un momento a preguntar y, nos dimos cuenta de que la reunión de las 11, donde estaban los de biología, seguía aún.

“Qué hacemos... aún sigue Piedrahita en esa reunión adentro del Manuelita. ¿Esperamos o entramos?”. Intervino una compañera de antropología.

Todos se estaban mirando entre sí, hasta que alguien vociferó “Yo no creo que él vaya a salir de ahí. Nos toca entrar”. Acto seguido, la horda se fue hacia las puertas del auditorio y lo llenó en minutos. Se pausó el evento y, algunos estudiantes tomaron los micrófonos mientras subían al escenario. Los estudiantes se habían tomado el evento.

“Hola, muchas gracias a todos por asistir. Me encantaría poder escucharlos en estos momentos, pero, les pido que me den un permiso porque tengo que ir al baño” dijo Esteban Piedrahita con una mueca en su cara de preocupación. “Se va a volar” gritaban anónimamente algunos estudiantes entre la multitud.

Después de la fase de ruptura de las relaciones sociales regulares gobernadas por normas, las cuales mantenían la confianza y la expectativa de lo que se puede esperar en un semestre de universidad, esto ya era crisis.

Cuando volvió Piedrahita a la asamblea, fue una reunión de estudiantes que vociferaron todo lo que tenían que decir y, personas que los apoyaban en sus momentos de enunciación. Y lo describo de esta manera porque, según me contaron una multiplicidad de ojos que estaban atentos en todos lados, Esteban Piedrahita estuvo notablemente imperturbable. Entre todas las alocuciones, aparentemente solo una logró moverle lo suficiente alguna fibra en su interior, que hizo que se le borrara la mueca petulante que enfureció a una buena cantidad de personas que lo podían ver desde el primer nivel del auditorio. No fueron las declaraciones de que habían sacado a profesores que tenían importantes contribuciones a los intentos de hacer algo por las violencias de género dentro de la universidad, mientras que seguían otros abusadores con sus contratos intactos. Tampoco cuando el auditorio gritó el nombre de Tathagatan, ni cuando mencionaron la extraña relación entre un alto mando de la universidad y la forma en la que consiguió empleo su pareja en el campus. Fue cuando una compañera mía, que también habita con nosotros el laboratorio etnográfico y, es una de las figuras más prominentes de la universidad a causa de que su grupo estudiantil de economía está entre los más considerables del mundo, apareció en el escenario.

A ella ya la habíamos visto llorar en los pasillos, mientras ayudaba a sacar a su mamá las cosas del trabajo. Nunca supimos si la pensión de su mamá iba a quedar resuelta, pero lo que si supimos es que fue la única que dijo algo lo suficientemente valioso para que el rector le prestara atención. Desconocemos si es porque ella tiene la capacidad de hacer que decanos de nuestra universidad ganan premios en Chicago, con todo completamente pago, solo haciendo una carta de recomendación o, si es, por el hecho de que ella es una de esas personas que desde muy pequeñas han vivido el campus a causa del trabajo de su mamá. Pero ella fue la única que, con su llanto y su expresión, logró hacerle algo al monstruo corporativo de la universidad, más que mover masas dentro de un auditorio.

Lo que querían algunos estudiantes era idealista, difícil y, para muchos, estúpido. No porque creyéramos que no fueran pedidos verosímiles, sino porque sabíamos que teníamos muy poco margen para actuar. Por eso, decidimos ir, ayudar a terminar el Tathalibro y concretar la forma de entregárselo al profe.

Para el final de la asamblea, varios estudiantes de ciencia política, con quien compartimos el laboratorio, dijeron que iban a dejar todo redactado en un documento que le iban a hacer llegar a la universidad. Eventualmente, así fue, aunque no esperábamos nada de la universidad. Apenas recibimos el mensaje afirmativo del profe Tathagatan, definimos quienes iban a ir y, afortunadamente, tuve la oportunidad de hacer parte de ese grupo. Caminamos unas cuantas cuadras hasta su apartamento, donde nos recibió con una gran hospitalidad, inesperada de nuestra parte. Le presentamos al profe el último producto entregable de nuestra parte y lloramos entre todos. Nos presentó a su esposa y a sus hijas, nos compartió los detalles de la forma en la que

vivió el jueves y, antes de que se pusiera demasiado el sol, todos salimos para evitar cualquier peligro que suele traer la noche en la ciudad.

Entre nosotros, los de antropología y el laboratorio, nos tuvimos que arreglar la tercera parte del drama social, la cual se reconoce como “acciones y procedimientos de reajuste”. En esta fase, donde se llevan a cabo acciones y procedimientos para abordar la crisis y restablecer el equilibrio



Carteles todavía pegadas
Carteles mojados y arrugados por la lluvia
Flores intactas, secas y organizadas.
Pétalos sin barrer y amontonados.

Silla movida (NO obstaculiza, pero hace parte de la escena).
Aún no devuelta al lugar que pertenece.

social, terminamos resolviéndola nosotros. Muy a nuestro estilo, “pachamamístico”, en vez de incluir sanciones jurídicas para resolver la crisis y legitimar modos de resolución, terminamos haciendo cosas que van más por el lado de rituales públicos. En esta etapa, donde se concentra la mayor cantidad de acción ritual, hubo movilización de símbolos y prácticas simbólicas para restaurar el orden social y brindar un sentido de cohesión y dirección. Estuvimos acompañándonos profes y estudiantes, los cuales nos reunimos en dos ocasiones desde el suceso de aquello jueves de marzo. En el primero, hicimos muñecos quitapesares, como actividad guiada para hacernos compañía y poner toda la energía de nosotros en un buen uso. Luego, el profe Tatha le dio una última clase a los que pudieron asistir.

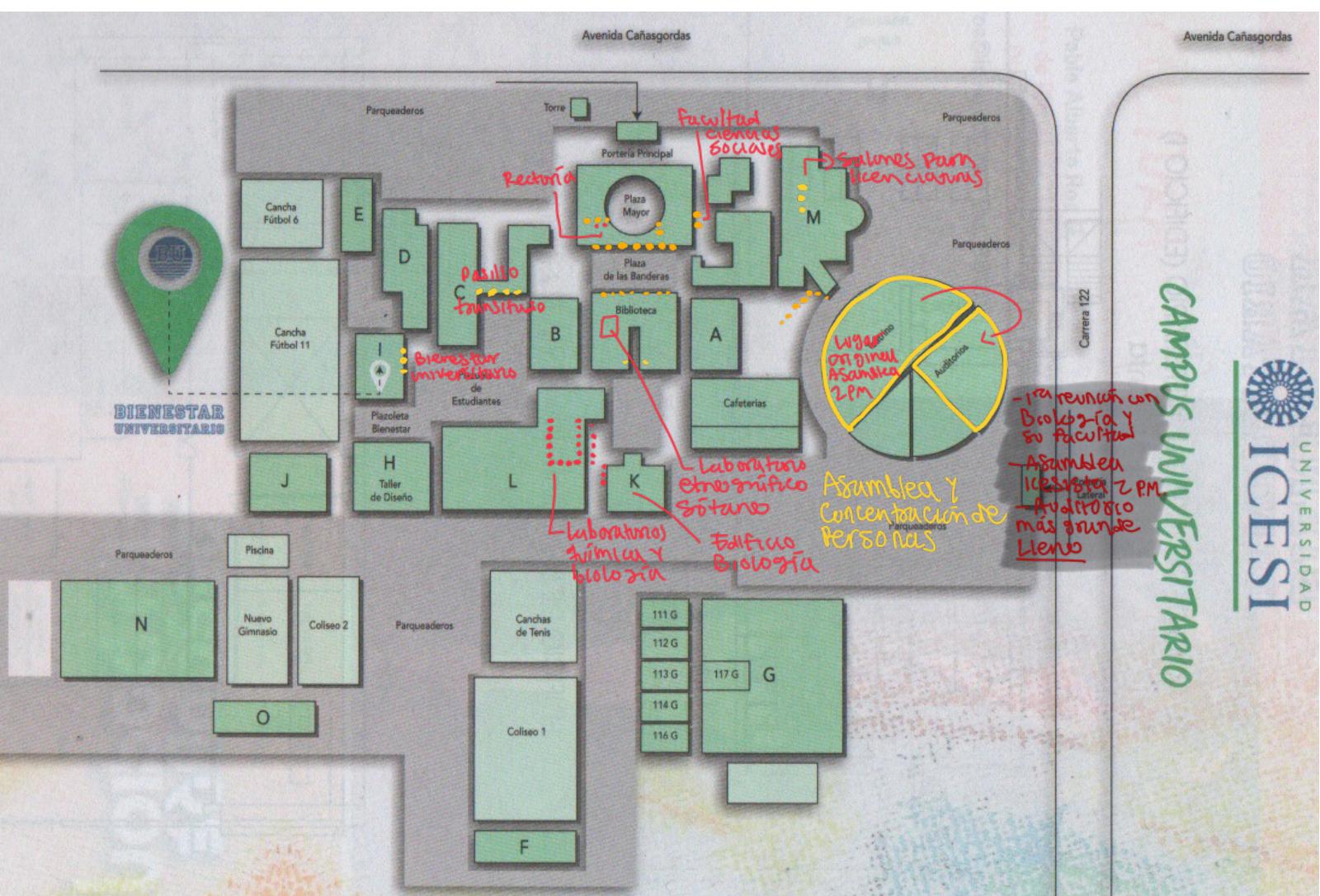
Después del día D es sábado, día de dejar todo prístino. (donde se hace un recorrido buscando las secuelas visibles)

El viernes en la noche y madrugada llovió. No estaba seguro de que fueran a sobrevivir los carteles. Por eso, aprovechando que tenía una diligencia por hacer, me aventuré a revisar con detenimiento cómo quedó la universidad después de los eventos del día anterior.

Mi recorrido fue primero por los puntos de calor, donde había más presencia de pancartas, mensajes y carteleras, para seguir por las demás áreas. Pasé por todos los edificios y lo único que cambió fue la disposición de las personas con el espacio. El día sábado no habían casi estudiantes, pero si habían varias personas transitando los pasillos. Les era inevitable la contemplación de lo que se hizo el día anterior, porque no se quedó solo en palabras dichas en un auditorio, sino que marcaban las paredes de la universidad para que todos supieran lo qué pasó.

El mapa tiene unos puntos de colores que representan el intento de hacer algo parecido a un mapa de calor, donde el color y la disposición de los puntos representan el lugar geográfico donde había señales de protesta y, la cantidad de pancartas o carteleras que había. El amarillo indica la presencia y, cuando tiende al rojo, significa qué había más cantidad.

La imagen de arriba, donde están las flores, es en el edificio L el sábado siguiente a la protesta al medio día. Están pegadas en el edificio que le corresponde a la facultad de biología.



Olor a flores, pintura, papel, cinta y el sonido de tenis al fondo.

Quietud de personas que vagamente ven los murales mientras conversan.

Por el edificio A, muchas personas tomando fotos.

La cafetería central estaba movida a las 12 y media.

Habían personas de grupos de danza o música afro.

Son algunas de las cosas que anoté en mi libreta para tener diario de campo. Hice un recorrido relativamente breve, pasando por toda la universidad porque, me interesaba mucho saber qué iba a pasar con todos los lugares que “sufrieron modificaciones de la horda enardecida”. En mi cabeza me preguntaba cómo iban a proceder el personal de limpieza y de seguridad pues, la universidad tiene antecedentes de no ser muy cálida con las expresiones vistosas que incitan a alterar el orden.

Se vivió en el 2020 un episodio parecido a este, en términos de que un malestar por parte de los estudiantes se materializó en cosas visibles, y se transformó en un muro del acoso (que no condujo a acciones contundentes de la universidad). Obviamente, no gustó nada y, las muestras gráficas, físicas, visibles, incómodas, quedaron virtualmente desterradas de la universidad (sin que esté expresamente dictado de esa forma); pues, apenas las notan, son recogidas y devueltas a los responsables de su colocación y difusión, aun si hay permisos adquiridos de por medio. Mis compañeras del observatorio de equidad para la mujer OEM tienen muy presente la forma en la que se maneja el “tejemanje” y la tensión que genera tocar los muros de la universidad, por lo que conozco algo del tema. En nuestras reuniones desde el semillero, si íbamos a hacer alguna actividad que implicara algo remotamente incómodo y visible, tenía que ser primero permitido y, una vez acabado el evento, recogido. Por eso, me pareció importante revisar qué iba a pasar con todas las cosas puestas en señal de indignación en la universidad.

Terminé mis obligaciones y observé lo siguiente:

Muchas personas del aseo estaban limpiando todo pero, sin bajar los carteles ni recoger los pétalos. No estaban haciendo limpieza a medias, sino que se notaba que trabajaban con el propósito de mantener las instalaciones, cuidando lo que habían puesto los estudiantes. El único cartel que quitaron fue uno que estaba cubriendo un logotipo de una máquina de café, por lo que se me pasó por la cabeza, que puede ser la manera en la cual los trabajadores muestran su simpatía a pesar de que les requieren seguir “business as usual” pero sin estar business as usual. Al mismo tiempo, puede que haya sido directiva de la universidad para que no enviaran un mensaje erróneo donde se faltara aún más el respeto hacia los estudiantes y su sentir. Esto también sería verosímil pues, muchas de las personas encargadas del aseo de la universidad no son trabajadores de Icesi, sino que, prestan sus servicios por medio de otra empresa de limpieza.

Por esto, no tendrían razón para preocuparse de un despido en las mismas circunstancias (aunque un recorte de gastos pueda llegar a trastocar la relación con estas empresas de servicios de aseo).

En el hall de auditorios había personas bien vestidas discutiendo a modo de conversación, tal vez con inclinaciones sutiles hacia convertirse el mismo tipo de chisme que se manejaba en la universidad desde el jueves, a manera de mantenerse informado a pesar de la falta de comunicación oficial. El tema de esos locutores e interlocutores anónimos era la precarización laboral que se estaba adelantando. Hablaban principalmente que, hubo profesores a los cuales les ofrecieron cambiarles el contrato y pasar a ser hora cátedra; el caso que discutían mientras pasaba era el de un profesor que se negó.

El ambiente de los edificios que están más hacia el sur era distinto. No había afiches ni carteleras en las paredes. Lo único que había eran personas con vestimenta formal, conversando y un ocasional estudiante. Recuerdo que lo más interesante que encontré fue la historia de un tipo que estaba diciendo en la entrada este del edificio E que, le pegó un tiro en la pierna a un ladrón. “Yo no pensé nada, yo corrí y cuando el ladrón me dijo quiubo pues, no pensé y PUM en la pierna... Todo se me subió a la cabeza”. Pasando por el edificio D escuché a dos señoras que se preguntaban “¿Qué enseñas? Laboral?”. Recordé que en una página de Instagram que sube memes de la universidad (Icesi posting), había sido lugar de desahogo para estudiantes de derecho, donde contaban lo que sus profesores habían hecho por ellos en las oficinas de ayuda y servicio público. Igualmente, las historias de que a veces los profes se iban a puños por defender a los alumnos en contextos peligrosos que se pueden presentar en las oficinas de ayuda. Probablemente, me topé con uno de esos profes de derecho que, según cuentan, anda armado con una pistola que lleva escondida siempre en el carro y otra en la oficina.

Todos los puntos importantes de la universidad estaban llenos de mensajes y de señales que incentivaban la conversación sobre el elefante en la habitación. ¿Cuál iba a ser el devenir de la universidad ahora? Unos solo miraban, varios tomaban fotos y otros se animaban a conversar, como en la entrada al edificio L, donde hay unas sillas con paraguas. En el momento había mucho que mirar, pero, curiosamente, los sitios donde había más concentración de personas, era donde había más carteles; frente a la biblioteca, viendo hacia el occidente y, en la entrada del L.

También había un movimiento considerable en el edificio M, donde se estaba llevando a cabo un ejercicio de memoria histórica, producto de la colaboración entre la escuela de Memoria musical quilombo y la universidad. Ellos vinieron desde Buenos Aires, Cauca, pero solo me di cuenta porque me ofrecí para ayudarles a subir una marimba de chonta hasta el cuarto piso, donde nos dimos cuenta de que teníamos que haber subido hasta el tercero. Sin embargo, habiendo subido al cuarto piso, me percaté de que casi se me olvida pasar por los salones de experiencias pedagógicas, donde a la distancia alcanzaba a ver un tímido cartel rosado.

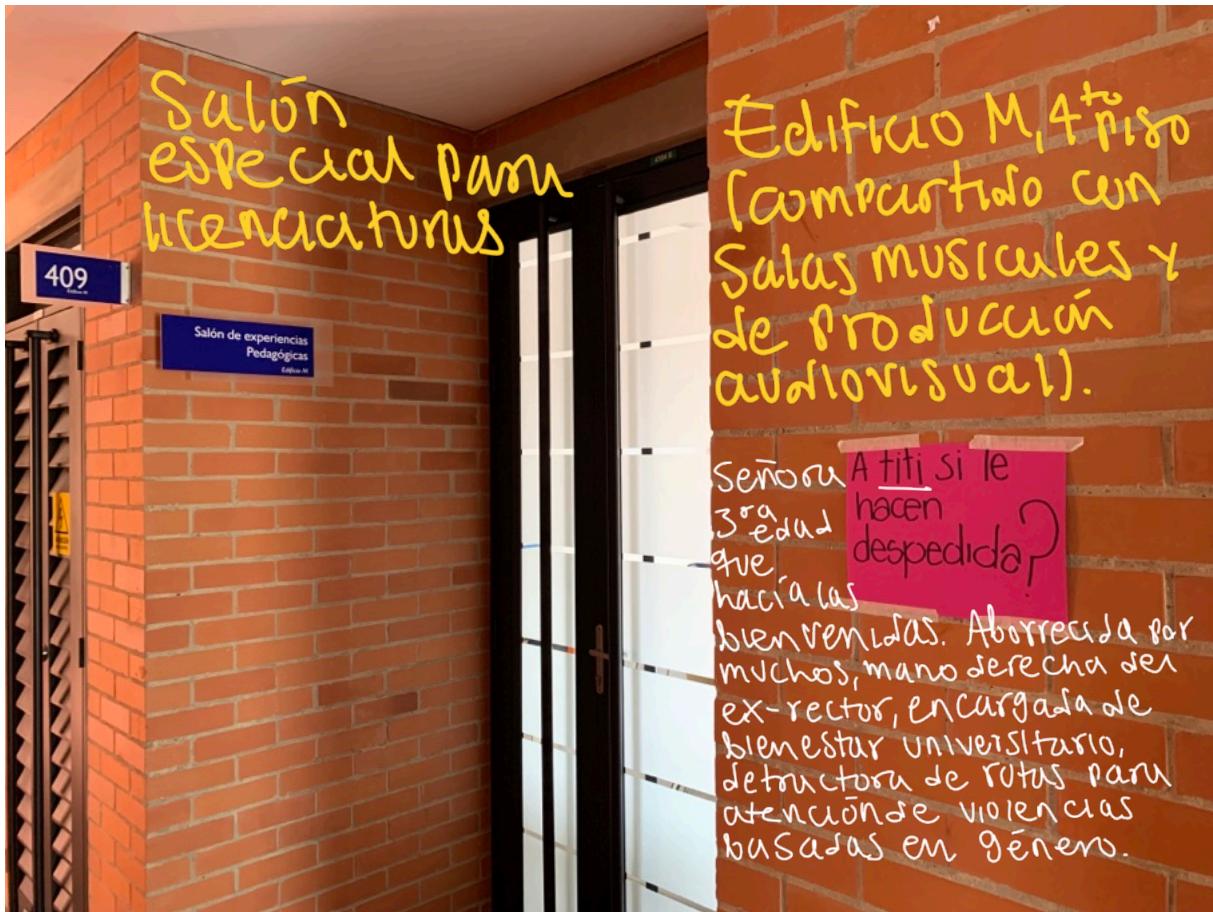
Volví y me encontré que ese tímido cartel, como muchos otros, hacía una crítica a la forma en la que la universidad decidió acabar con el contrato de los profesores en esta ocasión.

La imagen de arriba la tomé en el edificio M después de recorrer los demás edificios porque, justo antes de irme de la universidad, recordé que en el cuarto piso adecuaron salones especialmente para las licenciaturas. Me encontré con que, en el mismo edificio, había mucho movimiento, pero era de personas ajenas a la universidad que, estaban haciendo uso de los salones de música donde hay estudios de grabación e instrumentos. Los pocos estudiantes que había, estaban en el piso de abajo haciendo empleo de los pocos computadores que quedan disponibles y de uso “libre” para los comunicadores sociales, esto porque tienen software de Adobe.

Al lado de estos salones de producción audiovisual siempre hay tránsito porque son utilizados por los comunicadores sociales, quedan en el primer piso, están al lado de los auditorios más grandes y transitados, hay una máquina expendedora y, además, quedan cerca a los parqueaderos. También están en los demás pisos los almacenes de bodegas con instrumentos musicales y de audio; estudios de producción musical con techos altos a dos pisos, varias capas de aislamiento acústico e iluminación ambiental. Por último, están los salones de experiencias pedagógicas.

Me fue inevitable pensar en camino a mi casa sobre el tímido cartel con relación a ciertas ideas. Primero, la forma en la que la universidad está buscando eficiencia económica en un entorno educativo, donde no se puede medir el éxito por la viabilidad económica de las carreras. Segundo, la distribución espacial que tienen los centros comerciales, donde las tiendas más importantes están en los pisos a nivel del suelo, cerca a las entradas y, los locales más recónditos





los dejan para quien se anime a pagar una renta ahí. Tercero, El chisme de que habían comenzado a sacar gente de licenciaturas desde antes del jueves, como si hubieran comenzado el experimento de eficiencia económica por ahí. Finalmente, el hecho de qué hay licenciaturas donde entran muy pocos estudiantes, como la licenciatura en artes.

La conversación con el profe D (decidido a no alinearse)

Pactamos la reunión a las cuatro de la tarde, para vernos en las sillas que quedan junto al Samán de la entrada principal. Irónicamente, estábamos rodeados por oficinas, expuestos a la vista de las personas de las cuales íbamos a rajar. Alrededor de nosotros estaban las oficinas donde se maneja el dinero de la universidad e, incluso, vimos pasar uno que otro individuo que pudo haber hecho parte de la fatídica cadena de decisiones.

En un primer momento, introduce el tema de la etnografía que estaba haciendo, y no bastó poco para que el profesor se le iluminaran los ojos y me comenzara a sugerir cómo escribirla. El profe D trajo a colación eventos importantes que no podía dejar pasar, como los grados del 25 de febrero, dónde evidentemente estuvieron los profesores que ya no nos iban a seguir acompañando. También, me recomienda formas de agregarle la propuesta teórica, recordando eventos que ir a la ciudad como el paro del 2021, sus cronologías e, incluso, me recomendó leer a Victor Turner, con todo lo que tiene que decir sobre situaciones sociales y sociales, lo que permitió que esta etnografía saliera de esta forma.

Discutimos varias cosas relevantes a la etnografía con entusiasmo. De hecho, se podría decir que llegó a ser aproximadamente un tercio de la conversación, pues estaba algo perdido con la forma en la que se podían organizar los datos. El profe, habiendo tenido la oportunidad de vivir los mismos eventos, pero en circunstancias distintas, me fue dando también pistas de cómo había ido sucediendo el evento desde lo que le tocó vivir.

Vale la pena decir que, desde el primer momento de la conversación, el profesor D me confesó que no lograba resolver sus sentimientos. Lo único que podía reconocer él era la pesadez de la amargura, lo difícil de tener que seguir “business as usual”, como es usual en esta universidad y, lo raro de su sentir.

“No quiero nada que ver con algún nuevo, no quiero venderle un pasaje de avión que no existe a nadie más” fue una de las primeras cosas que me dijo el profe D cuando seguimos charlando y me permitió que incluyera esta conversación como parte de la etnografía. Esto fue como una segunda porción de la conversación, donde los aspectos teóricos pasaban a un segundo plano y nos pusimos en sintonía de rajar sobre el elefante en la habitación, el tema que nos reunía, la forma en la que se vivió desde el otro lado.

Al profe D, como a muchos otros, le ha tocado intentar vender la carrera donde ven sus clases y, a él, la situación actual de la universidad, le recordaba a una alegoría de su papá. “Es un animal en el agua que comenzó a sangrar, pero hay que esperar a que los tiburones se den cuenta.”. ¿Qué iba a ser de la universidad ahora qué hay personas que dirigen la universidad y son incapaces de ver el mundo desde otros lugares? Existía un cierto pesimismo en su voz.

Cómo no, si le despidieron a un gran colega, en una carrera donde hay relativamente pocos profesores. Y los qué hay, se encargan siempre de tocar temas tan sensibles y crudos como la experiencia humana. Cómo no experimentar pesimismo si también le tocó sentir la incertidumbre de saber que no hay certeza de que en cualquier momento le pueda tocar también salir a causa de que un tipo que no sabe manejar entornos educativos está buscando la consecución de unos objetivos que buscan conseguir métricas económicas a costa de todo.

La forma en la que la universidad manejó todo fue enervante. En los detalles que solo me pudo haber revelado algún profesor, inevitablemente había información sobre la primera reunión a la cual llegué. “Resulta que todo esto estaba planeado desde el miércoles, cuando reservaron el auditorio”, el auditorio donde pretendían mostrarle esta atrocidad a los profesores, justo después de remover a sus colegas del campus con todo el descaro del caso.

“Evolucionando juntos”, dos palabras que, cuando se juntan con el contexto en el que está inmersa la presentación, ponen a pensar a cualquier científico social.

“Cómo así que evolucionando juntos, como si quisieran sugerir que un despido es un proceso remotamente parecido al de la selección natural”, me dijo al respecto de la reunión que desde un comienzo, no era para los estudiantes de biología y química farmacéutica, donde siempre se

sintió cierto peligro. “Era una reunión para que los colaboradores conversáramos con el rector, pero los estudiantes pidieron entrar”. Para ese momento, la situación se estaba poniendo peluda, pues en ese momento, ya muchos estaban jugando sus cartas y se veía harta gente alineándose, lo cual lo hace todo más difícil.

Difícil porque alinearse o no alinearse viene atravesado por un montón de consideraciones. Yo le dije al profe que, creo que ya estamos insertados forzosamente en el mundo material en el que vivimos, donde no me siento capaz de juzgar a alguien por ciertas cosas pues, todos hacemos lo mejor con lo que tenemos. Los profes tienen familia y personas que dependen de ellos, necesitan sus salarios y, como bien nos dijo el profe Cagüeñas, a pesar de todo, Icesi aún no estaba tan precarizada como otras universidades. Pero para el profe D aún, se sentía como una situación de Harakiri u honor al estilo japonés. No estábamos en desacuerdo al respecto de lo material, pues el profe definitivamente tenía el conflicto entre querer seguir y necesitar el empleo, pero esto estaba atravesado por un trasfondo de que está ente comprometido y enredado con la universidad e incluso, tiene actos relativamente inconscientes que terminan siendo una piedra en los zapatos para sus jefes.

Existía en esa conversación un sentimiento por parte del profe que se expresaba en “¿Por qué no yo?”, pero al mismo tiempo, existía un tipo de mediación por parte de Jerónimo, el decano de la facultad que sugería a él y, probablemente a otras personas que “no hay que trasladar emociones de uno hacia otras personas y, qué hay que ser capaz de ver el mundo desde otros lugares. Porque, si han logrado hacer todo lo que hicieron hasta el momento, ¿qué hay de diferente en esa ocasión?”. Pasó por ahí cerca un tal chaparro, quien el profe con su ojo agudo me lo señaló y me hizo saber que era él quien manejaba la plata en la universidad. Jerónimo le decía directamente al profe D que, él siempre había estado en contra del proyecto porque siempre fue joven e irreverente, por lo que debería tener ahora algo de consideración teniendo en cuenta el contexto.

Ese gaslighting, como cualquier otro, no se fundamenta en nada. El profe se preguntaba qué más tenía él, que no tuviera uno de otros profes que sacaron. Pero no funcionan esos trucos mentales para producir consenso y legitimidad cuando el “que chévere que no te hayan sacado”, se siente como una desgracia en vez de un honor. Solo le queda a la universidad hacer demostraciones de fuerza. Pero aun así, la situación está tan enredada que lo único que han logrado es poner a la gente a cuestionarse cosas.

Y habiendo terminado la conversación, varias semanas en el futuro, si puedo decir que hicieron que la gente se cuestionara muchas cosas. Para el profe D, el cuestionamiento y el conflicto interno se fue resolviendo hacia una dirección, a pesar de que no sabe qué le depare el futuro. En las últimas semanas de clase, conversando con varias personas, nos decía que ya no estaba buscando activamente que lo sacaran, aunque el daño hecho ya hecho estaba. Para otros profes, la resolución vino con aceptar el cambio y comenzar a jugar sus propias cartas para asegurar el

puesto, a pesar de lo doloroso que pudiera haber sido, o no. Otros tantos lograron su resolución con una renuncia.

Esto último puede ser reconocido como la fase final del drama social, también conocida como la reintegración del grupo social perturbado o reconocimiento y legitimación social de un cisma irreparable entre las partes contendientes. En esta última fase, se busca la reintegración del grupo social perturbado después de la crisis. Esto implica restablecer las relaciones sociales y encontrar formas de reconciliación y restauración del orden social. Sin embargo, también se reconoce la posibilidad de un cisma irreparable, donde las partes contendientes no pueden ser reintegradas y se acepta la división o la separación permanente.

La universidad resolvió seguir haciendo cambios a su forma pues, en una jugada imprevista, pero no del todo inesperada, comenzaron a jugar con la idea de cambiar la manera en las que se hacen las cosas. Para sorpresa de unos cuantos, comenzaron con nosotros los estudiantes de antropología y sociología para experimentar en nosotros como conejillos de Indias. En una fusión rara, muy al estilo, “¿por qué nos vienen a decir esto hoy?”, hubo una reunión extraordinaria donde le informaron a los estudiantes de sociología que el cargo de director de su carrera iba a ser fusionado con el de antropología, efectivamente dejando un montón de preguntas y preocupación. La noticia es tan reciente que, ni siquiera existe certeza de lo que significa, pero por ahí andan rondando rumores de que la universidad está pensando en volverse más quisquillosa con las carreras que abren semestre dependiendo del número de personas matriculadas. Si esto llegara a ser cierto, sociología puede tender a desaparecer, pues siempre han entrado pocas personas y, de los profesores titulados que tenían, una de ellas fue echada por la puerta de atrás, otro se pasó a licenciaturas y el que era director de carrera, da más clases de economía.

Conclusión

Este tema no fue en lo absoluto fácil de tratar, pues, terminó siendo un episodio de muchos que esperaban el momento de que puedan ser difundidos de forma indiscriminada. Las charlas con compañeros y profesores agotados a final de semestre nos daban muestra de que no hay punto de retorno. En estos momentos, se cierne una nube negra sobre la universidad, y lo peor es que no existe certeza de que se pueda hacer algo al respecto. Bien se podría decir que nos llevó el que nos trajo, teniendo en cuenta que un Piedrahita fue el que se puso a experimentar con crear una facultad que incluyera a científicos sociales en una universidad de empresarios. Y ahora es su salida la que nos dejó en la incertidumbre. La universidad en definitiva no es proyecto de un solo hombre, pero resultó que bajo la dirección de un solo hombre, el orden social que existía se desdibujó, y ahora eso nos está costando.

Nos está costando a los estudiantes, quienes intentamos hacer de nuestro proceso de educación superior uno que nos brinde las herramientas para sobrevivir en el mundo cruel que nos espera afuera. No solo porque nos quitaron profes que nos daban las herramientas, sino porque es un duro recordatorio de lo poco humana que puede tornarse la existencia dentro de una organización

en el momento en el cual se pidan decisiones rápidas. Le está costando a los profesores porque les están convirtiendo su trabajo en una suerte de experimentación gramsciana de mal gusto, donde viven la precarización y la deshumanización que se vive en esta sociedad. Pero principalmente, nos está costando a todos porque nos metieron en un drama social donde no existen concesiones y nos están poniendo a hacer malabares para continuar con la costumbre de la universidad de mantenerse “business as usual”. Las cuatro etapas que se recorren durante un drama social, según Victor Turner, no son la única forma de ver este evento, pero cuando acompañan al ejercicio etnográfico, pueden dar luz de lo grave que es la falta de reconocimiento de los eventos como traumáticos y difíciles de sobrellevar. En mi opinión, la falta de esta perspectiva es uno de los motivos por los cuales la universidad se está jugando su futuro de una forma peligrosa, la cual es visible para muchos, pero, sin el ojo entrenado, invisible para los que más necesitan de guía.